

Rosas al anocheecer

CRISTINA FONT BRIONES



ROSAS AL ANOCHECER

CRISTINA FONT BRIONES

Copyright© Cristina Font Briones, 2019

Primera edición

Registro Propiedad Intelectual

©ROSAS AL ANOCHECER

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

<http://cfbvioletalia.blogspot.com>

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la autora, bajo sanción establecida por ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase al editor o a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro no se puede copiar, revender o entregar a terceros. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de esta autora.

ÍNDICE:

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos
por donde ni los lobos se atreverían a seguir a su presa.*

Lord Byron

PRÓLOGO

Desafiando a las leyes de la física, ante cientos de ojos expectantes apareció en el cielo un arcoíris sobre el que se deslizaban chispeantes gotas esféricas, tras amainar la tormenta helada que había cubierto de nieve gran parte del mar y de la fina arena de la playa.

En el restaurante Mar Azul los comensales admiraban, a través de las grandes cristaleras, el fenómeno que se estaba produciendo. Estaban todos absortos, excepto Nuria. Ningún acontecimiento podría lograr que sus ojos se apartaran de la noticia que estaba leyendo. Sentada en una mesa, deleitándose con una copa de Rioja mientras esperaba el primer plato, ojeaba la prensa del día cuando una noticia la dejó sin respiración. El titular nombraba a su amiga Sofía Duarte y a un hombre llamado Daniel Sáez. Bebiendo de un trago el vino se dispuso a releer pensando que algo se le escapaba de su entendimiento:

«A diez kilómetros de la localidad de Jávea, un arqueólogo había encontrado en una pequeña cueva los cuerpos de dos personas con síntomas de congelación. En el momento en el que fueron descubiertos sus cuerpos estaban fríos, la piel pálida y dura, pero sus corazones aún seguían latiendo. Después de llamar al servicio de emergencias los trasladaron de inmediato al hospital. En la actualidad se encuentran en estado crítico. Han sido identificados como Sofía Duarte, arquitecta residente en Alicante y miembro de la Fundación Corazón Feliz, y Daniel Sáez, ingeniero vecino de Valencia. Hasta el momento sus familiares y amigos no han encontrado ningún nexo en común en-

tre ambos y el hecho de que se trate de dos desconocidos inquieta aún más sobre la razón por la que se encontraran los dos juntos en un sitio tan apartado y el extraño estado en el que se hallan sus cuerpos».

Nuria, apartando sus ojos del periódico, observó a través de la ventana el inusual arcoíris que se había formado en esa época del año y, desde lo más profundo de su ser, hablando en voz alta sin importarle quién la escuchara, expresó:

—Amiga, llevabas razón, y yo pensaba que estabas loca. Quizá en otro tiempo, quizá en otro lugar..

PRIMERA PARTE

1

España, 18 de enero de 2018

Ilusionada, cerró la puerta de su estudio de arquitectura sito en Alicante. En dos meses el proyecto del diseño de una escuela infantil en la India se haría realidad. Desde que entró a formar parte de la Fundación Corazón Feliz, cuyo objetivo principal consistía en mejorar las condiciones de vida de los niños más desfavorecidos de la India, Sofía se implicó de forma desinteresada en la construcción de una escuela, ideando un conjunto de edificios de una sola planta con capacidad para cerca de doscientos alumnos con zonas recreativas y de alojamiento. Mientras esperaba el ascensor escuchó el sonido de llamada del teléfono de la oficina. Una vez paró de sonar recibió una llamada en su móvil de número desconocido. Hacía un tiempo que recibía llamadas y, al contestar, colgaban. Sin prestarle la mayor atención abandonó el edificio y se encaminó al aparcamiento.

Con tranquilidad, puso en marcha su vehículo y salió de la ciudad tomando la autopista dirección a Valencia, donde tenía una importante reunión en la sede de la fundación. Durante el trayecto comenzó a recordar cómo llegó a formar parte de esa organización que había logrado rellenar de ilusión pequeños espacios hueros en su vida.

Desde muy temprana edad salieron a la luz sus dotes creativas: dibujaba horas y horas sin parar sobre cualquier papel que se le pusiera por delante sin importarle que pudiera manchar su contenido. De mente inquieta y vivaz, su otra afición era leer y recrearse con los cuentos que su pa-

dre le regalaba, sintiendo predilección por las historias fantásticas de los autores del siglo XIX: Los Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Dickens, Lewis Carol... Su cuento preferido era *Rapunzel*, sentía como si lo conociera desde antes de leerlo por primera vez, le resultaban familiares sus personajes, el argumento. Se aprendió algunas frases de memoria y, cuando estaba sola, las recitaba palabra por palabra, con cada coma, con cada interjección. Conforme creció sus gustos se fueron perfilando, sintiendo especial atracción por la construcción de edificios, la estética, la función de los espacios. Sabía que estudiaría Arquitectura, pero antes quería colaborar con alguna ONG; deseaba conocer otros países. Alentada por su amiga Nuria, se inscribieron en un programa de voluntariado internacional donde tendrían la oportunidad de conocer durante unos meses otras culturas y situaciones.

Cargadas de energía, partieron rumbo a la aventura soñada. Su primer destino fue Guatemala, después Perú y por último Costa Rica, donde conoció al hombre que cambió el curso de su vida. Raúl era médico y trabajaba para una ONG. Temporalmente estaba destinado en una aldea de Guanacaste, una de las provincias más ricas y a la vez más pobre del país. Sus costas bañadas por impresionantes playas, imponentes montañas y vegetación, propiciaban que fuera uno de los lugares más frecuentados por los turistas, lo que generaba riqueza, pero la mayor parte estaba concentrada en manos de extranjeros. Sin embargo, se trataba de una de las zonas que albergaba mayor pobreza de Costa Rica. Rodeada de una exuberante vegetación, la ONG había construido un pequeño complejo que contaba con varias casas de maderas cada una destinada a finalidades diferentes: viviendas, guardería, comedor, y la mayor la habían habilitado con los instrumentos indispensables para atender las necesidades médicas de los niños más necesitados.

Raúl era un hombre de estatura alta, complexión fuerte y profundos ojos negros. En cuanto lo vio por prime-

ra vez se sintió atraída por él. Coincidían a la hora de almorzar y cenar en el mismo comedor dispuesto para el personal que trabajaba o colaboraba para la ONG.

Aunque habían sido presentados, él no mostraba el más mínimo interés por ella. Era un hombre serio, siempre implicado en su trabajo, sin comunicarse con nadie más allá del terreno profesional. Ella estaba acostumbrada a que los hombres la miraran. De estatura mediana, bien proporcionada, con una frondosa melena de color miel y grandes ojos verdes, era objeto de miradas lascivas a las que no atendía, más bien evitaba. Aunque esta vez estaba deseando que él la mirase así.

Fue una mañana, al escucharla recitar de memoria algunas frases de un cuento a unos niños que la miraban embobados, cuando se fijó en ella. Sintiendo su presencia, instintivamente miró hacia atrás y se encontró con los oscuros ojos de Raúl clavados en los suyos. Esbozando una dulce sonrisa lo saludó y él, después de responderle al saludo de la misma forma, se marchó.

Esa noche, después de cenar, Raúl se acercó hasta la mesa donde se encontraba y, sin cambiar el semblante serio de su rostro, le propuso dar un paseo por las inmediaciones. Había quedado para ir a la ciudad a tomar unas copas con Nuria y otros voluntarios, pero no pudo resistirse a su profunda mirada que le despertaba todos sus sentidos y, casi sin dudarlo, le contestó que iría encantada.

Era una noche cálida, silenciosa, iluminada por cientos de estrellas que brillaban con la misma intensidad que sus ojos. Raúl, en tono afable, comenzó a narrarle parte de su vida. Nació en Madrid y era médico por vocación. Decidió trabajar para una ONG porque necesitaba sentirse útil para los demás, además de ser una gran oportunidad para vivir y conocer otros países. Con atención, escuchaba cada frase que pronunciaba, sintiéndose pequeña ante ese hombre al que acababa de conocer y al que ya admiraba: tenía diez años más que ella y le enardecía la madurez que de-

mostraba con cada palabra que articulaba. A su lado se sentía protegida, nada malo le podía ocurrir mientras él caminara junto a ella.

Pasada una hora Raúl la acompañó hasta la pequeña cabaña de madera donde se alojaba, quedando en repetir el paseo próximamente. Con una dulce sonrisa dibujada en su rostro se acostó, pero estaba tan alterada que no lograba conciliar el sueño. Pensaba continuamente en él, recordaba cada instante, cada palabra que había pronunciado, y así continuó hasta que a las cuatro de la madrugada escuchó cómo entre risas entrecortadas su amiga lograba meterse en la cama.

Los paseos bajo la luz de la luna se repitieron durante los dos meses que le quedaban para finalizar el voluntariado. Dos días antes de marcharse, Raúl le pidió que se quedara con él; le buscaría trabajo y juntos desarrollarían una bonita labor con los niños tan necesitados de sus cuidados. Cuando se lo expuso a Nuria esta, sin dudarle, le recomendó que regresara a España con ella. Ya era hora de encaminar sus futuros profesionales. Además, no le gustaba nada Raúl, pensaba que la estaba manejando a su antojo; había descubierto sus debilidades y se aprovechaba de ellas para manipularle la mente, pero estaba tan enamorada que solo veía la parte humana que él le mostraba. Sin lograr convencerla, Nuria partió hacia España y ella decidió quedarse una temporada más junto a su idolatrado Raúl.

La temporada duró nueve cálidos y tiernos años. Junto a Raúl trabajó sin descanso en un pequeño hospital que habían construido con el dinero recaudado por la ONG en una localidad cercana a San José. Su amor y admiración por Raúl fue creciendo hasta el punto de plantearse formar una familia.

Raúl, aunque la adoraba, no quería ni casarse ni tener hijos; pensaba que ello entorpecería su labor como médico, que era su prioridad en esos momentos. Quería prosperar y ser una eminencia en su especialidad pediátrica y

no dejaría que nada ni nadie ralentizara la meta que se había trazado. Tenía la reputación de ser uno de los mejores médicos de la región: un hombre serio, trabajador, respetable y causaba admiración.

Ella era la pareja ideal para él: culta, educada, alegre, servicial, los niños la idolatraban y estaba profundamente enamorada de él. Vivían juntos en una bonita casa cerca del hospital. La mayor parte de la semana la pasaban trabajando y todos los sábados Raúl se marchaba a la capital para reunirse con un grupo de médicos regresando el domingo a su hogar. Era feliz junto a él y, aunque nunca había conseguido que su relación fuera apasionada, no le faltaba el cariño que él le daba cuando lo necesitaba.

Su vida transcurría tal y como él le marcaba; ella lo admiraba tanto que pensaba que todo lo que él hacía y decía era para su bien. Entre sus cometidos estaba entretener y educar a los niños del hospital. Siempre que podía les recitaba su cuento favorito. Además, había encargado todos los libros de sus autores preferidos de su infancia, leyéndoselos expresivamente hasta que lograba sacar la más tierna de sus sonrisas. Se consideraba afortunada por la vida que llevaba junto a él, aunque deseaba tanto tener un hijo que a veces hasta se despertaba por las noches soñando que se había hecho realidad, pero todo se quedaba en un sueño.

El destino quiso que el curso de su vida volviera a cambiar cuando un grupo de voluntarios llegó al hospital. Como en sus comienzos, estaban sedientos de vivir una nueva experiencia y, queriendo sentir de nuevo en su piel esa ilusión, se esforzó por congeniar con ellos. Un sábado por la noche le propusieron que se fuera con ellos a cenar a la capital. Hacía tiempo que no iba, la idea le emocionaba, aunque el sábado era el día en que Raúl iba allí y habían quedado en que ella podría ir cualquier día de la semana excepto el sábado; así cada uno conservaría parte de su espacio. Ante la insistencia de los voluntarios aceptó ir; no te-

nía por qué encontrarse con él y por una vez que se saltase la norma pensaba que no le iba a molestar.

Montados en un Jeep llegaron a San José. Al pasar por una estrecha calle observó a un hombre de espaldas que entraba en una casa: era Raúl. Mientras visualizaba el lugar se quedó con la dirección y el sitio donde había entrado. Aunque sintió cierta inquietud, la disimuló lo mejor que pudo e intentó pasar una velada agradable junto a los chicos.

El domingo, cuando Raúl llegó a casa, no le comentó nada. Había algo en su interior que le decía que tenía que ser prudente y averiguar dónde iba realmente todos los sábados. Con astucia, poniendo como excusa que necesitaba material didáctico para los niños, solicitó el lunes libre para ir a comprarlo a la capital.

Sobre las dos de la tarde llegó a la ciudad de San José. Inquieta, realizó el mismo recorrido que el sábado y encontró la calle en donde lo había visto. Después de estacionar el vehículo caminó hasta que dio con la casa en la que lo vio entrar. Justo enfrente había un pequeño restaurante y, ante el rugir de sus tripas, entró para almorzar. Situándose en una mesa junto a la ventana observó a una chica que salía de la casa, cruzaba la calle y, a continuación, entró en el restaurante.

Disimuladamente la contemplo: vestía una minifalda vaquera, camisa amarilla y zapatos de tacón del mismo color. Como si conociera al camarero de toda la vida lo saludó con énfasis y, después de mantener una animada conversación con él, se sentó en la mesa contigua a la suya. Por su vestimenta y la forma de hablar se imaginó a qué se dedicaba. Necesitaba hablar con ella y averiguar qué hacía la otra noche Raúl en esa casa.

Después de meditar la forma de acercarse a ella, con agallas comenzó a hablarle con la intención de iniciar una conversación. Comenzó preguntándole si vivía por la zona